

Una Novela Peruana

por Sebastián Salazar Bondy

29/3

1955

No obstante lo que algunos amargos fiscales dijeron a propósito de un comentario sobre "Chicha, Sol y Sangre", de Francisco Vegas Seminario, escrito hace pocos meses por el autor de la presente nota, la verdad es que hasta ese entonces aquella colección de cuentos peruanos, publicada en Europa en 1946, era prácticamente desconocida por lectores y especialistas. La razón de esta ignorancia era sencilla: críticos y estudiosos padecen en nuestro país del mal de la pereza y la indiferencia, y sólo atienden a un suceso literario cuando lo comienza a rodear cierta fama pública, legítima o fraguada. Entre nosotros es habitual que un grafómano use las páginas de una revista o un periódico para evacuar contra cualquier artista un veneno moral de penoso origen, pero no que los escritores limpios de prejuicios y retencencias, se ocupen voluntariamente de un libro que no pertenece a un amigo, un relacionado o un pariente. Estamos, infortunadamente, en la etapa doméstica de la crítica, y hay quienes se sienten molestos cuando alguien, por convicción y nada más, brinda su elogio a un autor al cual no lo liga otro contacto que el de creador y consumidor. El tiempo y el normal desarrollo cultural del medio acabarán con el infamante mal de no reconocer, oportunamente y sin cortapisas mezquinas, el mérito de los demás.

En Primera Fila

Si he aludido a dicho comentario sobre "Chicha, Sol y Sangre" es porque allí afirmé que en Vegas Seminario había un novelista. El pronóstico ha sido confirmado con la reciente publicación por la editorial Mejía Baca y Villanueva de "Montoneras", una extensa narración con la que el escritor piurano se coloca, sin favor especial alguno, en la primera fila de nuestra novela. Por cierto que esa vanguardia no es muy nutrida, lo cual, sin embargo, no desmerece en nada el valor de Vegas Seminario. En un ambiente intelectual donde el mejor fruto del desvelo es el folleto anémico o el artículo sin profundidad ni alcance, realizar una obra copiosa —y, al mismo tiempo, lograda— constituye un hecho singular de por sí. Si la novela en el Perú no ha prosperado, ello no se ha debido a la falta de asuntos o a la carencia de talentos. Lo peculiar del peruano precisamente es la natural predisposición mental para penetrar en los acontecimientos y analizarlos, y nadie, por más obtuso que sea, osará negar que son infinitos los temas con posibilidad literaria que la realidad ofrece a cada paso. Ha fallado la voluntad, el espíritu de trabajo, la fe para entregarse a una tarea espiritual sin recompensa concreta inmediata. Y Vegas Seminario está entre los pocos que no han sucumbido a esa dolencia.

El título de la novela —"Montoneras"— puede llamar a engaño. El prurito que prevalece entre nosotros de vivir a expensas del pasado, en una especie de diverso pero pertinaz usufructo de lo que es recuerdo del ayer, ha convertido a muchos intelectuales na-

cionales en historiógrafos. "Montoneras", aunque su contenido apele a una etapa superada de nuestra existencia republicana, no es una novela histórica. La acción transcurre, es verdad, en Piura, durante las luchas de los demócratas contra la tiranía cacerista, mas esto es solo el "back ground" donde se desarrollan diversas vidas agitadas por la pasión, el odio y el amor, a cuyo centro está colocada la del joven Juan Martín Valdivia. A través de este hilo, se tejen y entretejen variados sucesos, en los que un espíritu rebelde, viril, ambicioso, primitivo, se revela en las formas más simples y nítidas del vivir. La guerrilla popular da cita a tipos humanos de múltiple catadura, desde el más simple hasta el más complicado, inocentes y culpables, en una suerte de muestrario activo del hombre que abre las compuertas de su censura íntima y se vierte tal como es en el fragor de una contienda casi siempre brutal y despiadada.

El Estilo de Vegas

No es Vegas Seminario un novelista que guste de introducirse en el abismo psicológico de cada personaje y perseguir allí la clave de su conducta. Más bien, su método es el de describir desde fuera, como un observador dueño de una particular amplitud visual, el abigarrado escenario de la historia que trata, moviendo las piezas de ese tablero con claridad y desenvoltura. Es, en pocas palabras, un novelista a la manera tradicional, situado a distancia de la acción, que no recurre a los medios de la narración al uso. Esto, que importa ciertas desventajas —el lector exigente, acostumbrado a que las motivaciones de un proceder resulten a la postre totalmente patológicas, se sentirá con razón defraudado—, entraña varias ventajas. La primera de todas, y no la menor, es que así, con limpieza de técnica e interpretación, el lector peruano, escasamente formado y remiso en general a todo empleo de energías absoluto, se incline a demandar obras de autores nacionales, que lo comuniquen con el país, con su carácter y con su esencia. El divorcio entre el intelectual y el hombre común encuentra de este modo una vía digna y saludable de reconciliación.

Conviene decir, a propósito, unas palabras sobre el estilo de Vegas Seminario. Con dominio del idioma, sin lujos de buena o mala retórica, este escritor sabe decir lo que quiere, cosa que no es entre nosotros muy común. Se prefiere aquí el término ambiguo, mañoso, castizo o torpe, a esta forma de comunicación que se apoya en los sustantivos y pide auxilio a los adjetivos que amplían o aclaran normalmente un significado. El orden de los hechos está sustentado en el orden de las ideas de quien los evoca o reproduce, sin resbalar en la confusión que algunos —especialmente jóvenes— consideran necesidad de la perfección moderna. Unidos a las virtudes de la expresión, "Montoneras" posee los aciertos que lleva consigo toda tarea literaria consciente y honesta, y por eso sólo merece que el éxito premie su aparición.